

María Rosa
Lojo

*El lado en sombra de
la historia:
las «barbaries» de
Ernesto Sábato*

El espectro simbólico luz/tinieblas, visión/ceguera y la búsqueda del origen (entendido como «original perdido» e inaccesible) conforman el eje de lo *imaginario* (Rojas Mix, 2006) en la narrativa de Sábato. Desde este registro se leen en su novelística todos los planos de la experiencia humana (Lojo, 1997), incluso la pesquisa por lo identitario de la nación, el rastreo de la matriz, el molde, el original desdibujado y desdibujable en la ciudad babélica que no guarda memoria de los «héroes fundadores», ni repara tampoco en los «rostros invisibles» (o que se prefiere no ver) de los anónimos héroes cotidianos.

El imperativo de retorno a los orígenes históricos es común por cierto, a la más importante narrativa argentina, que persigue en el texto del pasado las claves del presente con ansiedad compulsiva.¹ En la poética de Ernesto Sábato, tal Historia es un oculto legado a desenterrar: hilo profundo apenas perceptible, entregado a la disolución y al deterioro. Restos, jirones, andrajos, imágenes fragmentarias, retratos desvaídos: así se presenta

¹ El auge de la narrativa histórica en las últimas décadas (desde 1980 hasta nuestros días) ha confirmado esta tendencia como una de las centrales en la novela argentina. Sin reducirse por ello a mero instrumento de un fin social, la literatura, con todo, se hace cargo de él y cumple un papel importante en los procesos de restauración y reparación de una memoria mutilada. Entre otras cosas, reinstala en el mapa del pasado, como agentes y sujetos históricos, a los subalternos (las mujeres en particular) y las etnias no blancas, borradas como tales sujetos de la memoria oficial y del aparato didáctico. Cfr. Lojo 2006, 2007, 2008 y 2010.

el relato de la patria en la casa de Barracas, sede de la familia Olmos, que se halla ella misma en trance de destrucción inminente.² Todo ha cambiado en Buenos Aires, también las clases dirigentes y sus valores y hasta la cotización de los puntos cardinales. Como recuerda Blas Matamoro (1983: 485-497), Barracas —donde se sitúa la quinta de la aristocrática Amalia en la novela homónima de José Mármol— era la sede de las quintas que seguían al Alto de San Telmo y constituían el emblema del patriciado campesino opuesto a la «burguesía rastacuera», formada por los nuevos ricos, que eligió el Norte de la ciudad. Ya en pleno siglo xx, el Norte es el lugar de las elites, y el Sur, con los restos de las antiguas mansiones (muchas de ellas transformadas en conventillos), queda reservado a las clases obreras y a la actividad fabril y comercial. Los sobrevivientes de la familia Olmos contemporáneos al primer plano temporal de la acción novelesca, subsisten, empero, en los restos de la mansión antes prestigiosa, convertidos en vecinos de la clase trabajadora, partícipes de un destino de pobreza que en su caso es aún más cruel, tanto porque se asocia a la conciencia de haber decaído desde un estrato más alto, como por el hecho de que ninguno de ellos es capaz de insertarse dignamente en el mundo del trabajo y solo conservan, como verdadero «patrimonio intangible», la memoria de pasadas hazañas.

Héroes de la sombra y la derrota

Se trata de hazañas, sí, pero no de victorias, porque los antecedentes que se evocan forman parte del bando de los derrotados. Durante la época de las sangrientas guerras civiles decimonónicas que enfrentaron a unitarios contra federales,³ los Olmos, pertenecientes al patriciado aristocrático, integraron la facción

² En parte por este motivo (la imaginería de la decadencia y la oscuridad, marcadas por antiguos crímenes) José Amícola señala que *Sobre héroes y tumbas* plantea una «novela gótica» de la historia argentina (Sábato, 2008: 644)

³ En líneas muy gruesas puede decirse que los Unitarios defendían una administración centralizada en Buenos Aires, una política económica liberal, con apertura al libre comercio y a los capitales extranjeros, y una cultura letrada, ilustrada y urbana, de fuerte influencia francesa. Los Federales sostenían las autonomías de los estados provinciales, la defensa y el desarrollo de las economías regionales, y la vieja cultura hispano-criolla, de marcado sello rural. Hay que distinguir, por otro lado, entre federales (particularmente entre los fede-

unitaria. Así, el joven alférez Celedonio Olmos acompañó al general unitario Juan Galo de Lavalle en su incursión del año 1840 contra el gobernador federal de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, en la que resultó vencido, y lo siguió luego al Norte, en su fuga del general Oribe.

Aunque durante esa trágica retirada Lavalle muere (en circunstancias confusas, que el texto ficcional no problematiza), sus hombres quieren a toda costa salvar sus restos (la cabeza en particular) de caer en las manos del enemigo, para evitar que ésta sea clavada en una pica y expuesta a la injuria pública, como era costumbre hacer en aquel tiempo con los jefes ejecutados. Lo logran a costa de los mayores sacrificios y consiguen finalmente cruzar la frontera custodiando el despojo.

Esa heroica legión de Lavalle, de la que ha sido parte el antepasado Celedonio Olmos, se muestra ante Martín en el cuarto de Alejandra (el Mirador) en forma de una vieja litografía suspendida con cuatro clavos de la pared. El espacio de la casa-cambalache — calificada como «casa de subastas» (y en este sentido, de algún modo, imagen del país) — ofrece, entre muebles derrengados y objetos fuera de uso, una galería de retratos y una voz que evoca las gestas y que proviene de un ser (el bisabuelo Pancho, hijo de Celedonio) situado más allá del tiempo o casi fuera de él. Viejo criollo, que habla en el lenguaje coloquial campero, se aproxima por sus rasgos físicos tanto al gaucho emblemático del cuento «El Sur» borgeano, como al gaucho Medina, figura secundaria que emerge en las páginas finales de *AE*⁴ para reconocer a Bruno Bassán como al «hijo pródigo» que retorna. Ya casi no ve (tampoco le interesa, por otra parte, el mundo exterior, puesto que vive en el pasado) y no es ésta su única similitud inquietante con los Ciegos: «¿Dormía, pensaba? Acaso dentro de él transcurría esa vida latente y silenciosa que transcurre en los lagartos durante los largos meses de invierno, próxima a la eternidad.» (*SHT*, 79), «el viejo seguía su existen-

rales de Buenos Aires, del Interior, del Litoral), así como entre el antiguo partido unitario (con hombres como Agüero o los hermanos Varela) y las figuras de la Generación del '37 (que se propusieron superar, al menos en teoría, la dicotomía unitarios/federales).

⁴ Uso estas siglas para referirme a la novela *Abaddón, el Exterminador*, y *SHT* para *Sobre héroes y tumbas*.

cia subterránea y misteriosa, sin preocuparse de él ni de nadie» (*SHT*, 82).

Depositante de la sabiduría legendaria, y auxiliado por Alejandra, inicia a Martín en la decodificación de los rostros y los recuerdos. Alejandra muestra a Martín una miniatura: el retrato de la matriarca fundadora, Trinidad Arias, que predice la composición de sus propias facciones, y algo así como la esencia de la dinastía Olmos, que será empero sutilmente falsificada por la «sangre maligna de Vidal». El elemento aborigen aparece, sin ser explícitamente mencionado, en los «rasgos mongólicos» («achinados», aindiados) que marcan la ascendencia indígena —borrada del imaginario colectivo y de las genealogías oficiales— y que proporcionan a Fernando y Alejandra, además de la piel mate, su «belleza tenebrosa», su «inquietante extrañeza» (Castillo Durante, 1994: 56).

Además de éste y otros retratos, en la casa se guarda —tras una vitrina— un resto humano: la cabeza de Bonifacio Acevedo, hijo de Trinidad y cuñado de Celedonio Olmos, miembro también de la Legión de Lavalle, que moriría doce años después, asesinado por la Mazorca. Su cabeza sería arrojada dentro de su propia casa, como una fruta (al grito sarcásticamente cruel de «sandías fresquitas») provocando la muerte de su mujer y la locura irreparable de su hija Escolástica, anterior ocupante del cuarto de Alejandra. Escolástica convive durante años con este despojo de su padre, que completa el relato siempre repetido del abuelo Pancho y de algún modo sustituye materialmente a la cabeza de Lavalle que se evoca en él.

El sueño de los héroes fundadores se deposita en estas cabezas (ya calaveras o momias) que, acaso como dice Lavalle de sí mismo, «no valían nada».⁵ La gloria del héroe no está en su inteligencia maquinadora, sino en su coraje incondicional y por lo tanto insensato, en su absoluta lealtad a una causa, aunque sea perdida, o mejor aún, *porque* lo es. Ni Lavalle ni Acevedo saben calcular. Lavalle va frontalmente hacia el peligro que lo aniquilará. Acevedo no quiere esperar a la caída de Rosas para volver a Buenos Aires, pese a que conoce los rumores sobre una

⁵A Lavalle, tan valeroso como irreflexivo e impulsivo, se lo conoció en su tiempo como «la espada sin cabeza». La ideología textual en *SHT* atribuye a su irreflexión, su impulsividad y su candor el haber cedido a las presiones de insidiosos consejeros que lo alentaban a disponer el fusilamiento de Dorrego.

inminente rebelión de Urquiza. Ambos mueren por arrebató, por pasión, por imprudencia. Ambas muertes son evitables, y resultan, al parecer, inútiles. Los dos perjudican gravemente a sus seres más amados: familiares, o fieles compañeros de lucha, complicándolos en su trágico fin. El tiempo de los héroes —o su superación de lo temporal— se mide en el sueño que los levanta más allá de los comunes afectos humanos y les confiere la desmesura de lo irrealizable, pero también la certeza del fracaso material. Los nobles ideales y la construcción concreta del país parecen ir cada uno por su lado.

La historia de la Legión es el antitipo del canto de las victorias. Es la terrible aventura de un grupo de derrotados cuyo objetivo, después de la muerte del general, ha perdido todo carácter bélico. A medida que el relato avanza (está fragmentado en dos secciones, una en el libro primero y otra en el cuarto) se produce un progresivo deterioro en el estado de los hombres de este cuerpo militar que se descompone junto al cuerpo en putrefacción de su general. Por fin se consuma el rito de descarnar el cadáver. Las aguas del arroyo de Huacalera se llevan la carne —que se integrará al proceso de la tierra y del renacimiento— y sólo quedarán los huesos (lo más vinculado a la eternidad y a la piedra, piensa el espíritu de Lavalle) y el corazón embebido en aguardiente.

Cabe notar, por lo demás, que Lavalle está lejos de ser un héroe impoluto. Históricamente (y también en la novela de Sábato) es el que se levanta contra el gobernador legítimo, del partido federal: Manuel Dorrego, y ordena su ejecución. Ese acto sedicioso y criminal desencadena la cruenta etapa de las guerras civiles. Notoriamente, para narrar esa historia, para remontarse a las raíces del mal argentino, Sábato elige al culpable, y no a la víctima inmolada. Quizá porque en el permanente giro de la fortuna y movimiento de los opuestos, el culpable y victimario ha pasado a ser otra víctima de una impiadosa persecución. Desde este rol, ya del otro lado de la muerte, Lavalle es capaz de comprender, como nunca antes, a su antiguo adversario, su «hermano y semejante» en tantas otras cosas: ambos hombres educados, de la elite porteña, contemporáneos y afines en casi todo, menos en los ideales políticos que los dos profesan, empero, con la misma convicción llevada hasta las últimas consecuencias. Lavalle, héroe cainita, es purificado de su crimen por esta

voluntad genuina de apegarse a sus principios y por su largo *via crucis* póstumo jalonado de gestos y actos de renovación, decantación, limpieza, que contrarrestan la putrefacción del cadáver. El proceso concluye literariamente en un relato que, a partir de la misma debilidad del héroe, de su expiación y su autocrítica, se sublima en canto épico y se vuelve legendario (Palermo en Sábato, 2008: 827): palabra capaz de sanar y reparar el asesinato fratricida.

En la misma línea de Lavalle se halla la figura de Guevara en *AE*. Ambos son caballeros de la utopía y de la pureza (o de la utopía de la pureza). Los dos mueren jóvenes, como los elegidos de los dioses. Los dos, rodeados por un pequeño grupo de fieles con unción casi religiosa, terminan en la desprotección material más absoluta, y pierden rotundamente el reino de este mundo; recuérdense las palabras de Palito, identificable por cierto con los soldados de la Legión: «Palito volvió a callarse, su voz se había ido haciendo más difícil a medida que avanzaba en aquel recuento de desdichas, como si su voz fuese sufriendo la misma creciente desventura de la marcha de su pequeña tropa de condenados.» (*AE*, 235). Palito reconoce un evidente antecesor en *SHT*: Carlos, compañero de juventud de Bruno, comprometido con la lucha por los derechos obreros, líder de anarquistas y de míseros inmigrantes (los «nuevos bárbaros» temidos por las clases dirigentes). En la Argentina del terrorismo de estado, Marcelo Carranza asume, casi involuntariamente, por lealtad personal a Palito, la bandera de Guevara, y muere por ella aunque sin haber pertenecido jamás a la guerrilla. Como Lavalle, como Guevara, es un «aristócrata» que ha renunciado a privilegios y bienes materiales.

En suma: se trata aquí de contar la historia fundadora de una patria que nunca se ha constituido verdaderamente (y en esto sin duda hay una coincidencia con Ezequiel Martínez Estrada y con H. A. Murena) o de un «Hombre nuevo» que no ha llegado todavía y que pertenece acaso a la dimensión de lo imposible. Los héroes de esta patria increada han recibido el fracaso como premio pero esto no los disminuye. Antes bien, el éxito material, que caracteriza a la Argentina del lucro, vaciada por las empresas multinacionales (la Argentina «hotel» o «factoría»), no lograría sino envilecerlos:

De pronto Alejandra, mirándolo a Vania, dijo:

—Me gusta la gente fracasada. ¿A vos no te pasa lo mismo?
Él se quedó meditando en aquella singular afirmación.

—El triunfo —prosiguió— tiene siempre algo de vulgar y de horrible.

Se quedó luego un momento en silencio y al cabo agregó:

—¡Lo que sería este país si todo el mundo triunfase! No quiero ni pensarlo. Nos salva un poco el fracaso de tanta gente. (*SHT*, 104)

Son pues, los derrotados de la historia visible quienes han conseguido un «triunfo» invisible: el acto absoluto —y también fatal— de coraje y entrega a su propio sueño, que los eleva a la categoría de héroes éticos y estéticos, y los exime, románticamente, de la venalidad y la banalidad.

Con esta galería de héroes gloriosamente vencidos contrasta el friso de retratos que figura en la habitación de Nacho, un Martín «rebelde y violento» (*AE*, 25). Esta colección de imágenes, que proviene de fotos de revistas y de recortes periodísticos, exhibe a los «prósperos», los «triunfadores» de la Historia visible, los que han renunciado a la pureza y a la pasión de lo absoluto, y han aceptado «transar», ensuciarse las manos: allí figuran, entre otras, una execrada foto de Sabato⁶ en la revista *Gente*, una de Anouilh «en jacquet saliendo de la iglesia», la de Paul Claudel «gordo pero con grave dignidad»: otra «legión» inversa de ex-héroes (o de falsos héroes) desertores de sus verdaderos —originarios— objetivos, de su empresa sublime, y consagrados ahora como próceres por la frivolidad social, que los integra al *establishment*.

La desintegración, el origen, lo arcaico

La marcha heroica es, en su faz trágica, una marcha hacia la desintegración y la oscuridad: «ahora marchó al lado de su cuerpo podrido, hacia la nada», piensa Alejandro Danel (*SHT*, 82). También se desintegrarán materialmente Fernando Vidal Olmos (el «héroe negro», el «Sigfrido de los infiernos»), en el estallido cósmico de la Cloaca y luego en el incendio del Mirador;

⁶ Recordemos que en esta novela la figura del autor personaje se diferencia, entre otras cosas, del autor empírico, a través de la supresión de la tilde en el apellido (por otra parte, esto implica un retorno a la grafía original italiana del mismo).

Marcelo, en el vértigo de la tortura («Todo ha desaparecido en una tierra convulsionada por terremotos e incendios que vuelven y vuelven, entre gritos y lamentos desgarradores de seres aplastados y cemento, sangrantes, mutilados, aplastados por vigas de acero ardiente») (*AE*, 438).

Pero el reverso de la desintegración, de la borradura absoluta, es el ingreso en un territorio que es a la vez el de lo *arcaico* y el de lo *inédito*; es el Origen como lo absolutamente antiguo y como lo siempre nuevo, como lo que se renueva, surgente. El modelo de este ingreso lo ofrece la experiencia límite de Fernando en la Cloaca. Tanto Fernando como Lavallo acceden al núcleo fascinante de lo arcaico diseñado ya desde la dimensión del paisaje. El secreto del Origen parece abrirse ante los ojos fascinados de Vidal Olmos: «Me creí solo en el mundo y atravesó mi espíritu, como un relámpago, la idea de que había descendido hasta sus orígenes» (353); «Y mi grito, en aquel silencio mineral y fuera de la historia, resonó y pareció atravesar centurias y generaciones desaparecidas» (505);⁷ «...el astro permanecía siempre en el mismo lugar, iluminando aquel territorio sin tiempo...» (506); «...tuve la impresión de haber atravesado eras zoológicas y haber descendido hasta los abismos de algún océano profundísimo, arcaico y desconocido.» (508)..

También Lavallo y sus acompañantes se desplazan por una geografía inmemorial: «Pedertera mira sombríamente hacia los cerros gigantes, con lentitud su mirada recorre el desolado valle, parece preguntar a la guerra cuál es el secreto del tiempo.» (*SHT*, 535); «Colosales cataclismos levantaron aquellas cordilleras del noroeste y desde doscientos cincuenta mil años vientos provenientes de las regiones que se encuentran más allá de las cumbres occidentales, hacia la frontera, cavaron y trabajaron misteriosas y formidables catedrales.» (*SHT*, 535), «...ya se alejan en medio del polvo, en la soledad mineral, en aquella desolada región planetaria». (*SHT*, 517).

⁷ Esta frase pertenece al material eliminado por el autor del «Informe sobre Ciegos». En nuestra edición crítica de 2008 este material figura en los apéndices. Las últimas modificaciones, de 1991, han reducido y simplificado la riqueza del texto y sus múltiples registros de lectura (ver Carricaburo en Sabato 2008, LXIII y Lojo 1997, 299-302). Las dos citas siguientes pertenecen al mismo capítulo XXXVI, alterado en la edición de 1991. Como para la corriente crítico-genética la versión que el autor estima definitiva no deja ser otra versión, consideramos legítimo mantener la cita de las anteriores.

El escenario de la cabalgata de la Legión se corresponde con la inmensa planicie de las veintiuna torres donde Fernando inicia su marcha hacia la estatua: «Hacia el septentrión, el melancólico páramo terminaba en una cordillera lunar, que seguramente llegaba a elevarse hasta veinte o treinta mil metros de altura. La cordillera parecía la espina dorsal de un monstruoso dragón petrificado. Hacia el borde meridional de la planicie, en cambio, sobresalían cráteres que también recordaban los circos lunares. Apagados y al parecer fríos, se perdían sobre la pampa mineral hacia los ignotos territorios del sur» (435).

El itinerario de Sábado conducido por Soledad en *AE*, también supone un retroceso en el tiempo, una inmersión en la prehistoria del país, en la época de la Colonia, en los cimientos laberínticos de la ciudad: «Comenzaron así otro descenso, pero esta vez por una escalera de grandes ladrillos chatos de la época colonial, semiderruidos por más de doscientos años de humedad»; «El túnel fue ensanchándose y a su término se encontraron en una caverna más o menos del tamaño de un cuarto, aunque muy torpemente construido, con paredes de grandes ladrillos coloniales, y una escalera que apenas podía adivinar en uno de sus extremos. Sobre uno de los muros había un farol de la época del Virrey Vértiz, que proporcionaba aquella mortecina iluminación» (418).

«Barbaries» de Rosas a Perón. El retorno de lo rechazado, los hijos de la tierra

En el lapso histórico que separa tres grandes momentos representados en la narrativa sabatiana, constatamos una renovación exacerbada de la violencia colectiva. Durante las guerras civiles del siglo XIX, Lavalle es perseguido hasta la extenuación por un ex compañero de armas, el ahora federal Oribe (perfecto ejemplo de la «violencia simétrica» donde los adversarios pueden intercambiar en cualquier momento sus roles y sus divisas). Los métodos de exterminio son feroces, y el episodio de la cabeza de Acevedo es el mejor ejemplo de sádico ensañamiento. En el período del segundo peronismo Martín presencia la quema de las iglesias y experimenta con dolor una patria dividida en «dos naciones», que el reciente bombardeo de Plaza de Mayo por parte del antiperonismo ha herido gravemente. Por fin, durante el reinado de López Rega, el siniestro ministro del último

Perón, los opositores (o los meros sospechosos de serlo) son apresados, torturados y ultimados.

Si no existe progreso (antes bien, un acrecentamiento de las tensiones) tampoco se postula una antigua Edad de Oro de paz y justicia. Baste recordar, en *AE*, el discurso del extraño ingeniero o profesor Gatti o Prati cuya función narrativa es únicamente dar a conocer un mensaje atroz: que la historia no tiene sentido alguno, que se trata de una «comedia infernal» en la que todos estamos ya muertos y condenados, y donde los momentos de felicidad no sirven sino para acentuar el horror: «— Bueno, barbarie. Barbarie ha habido siempre, desde que existen los hombres. Recuerden a Mahomet II, a Bayaceto, a los asirios, a los romanos. Mahomet II hacía aserrar vivos a los prisioneros. A lo largo. Y los miles de crucificados en la Via Appia? Cuando la sublevación de Espartaco? Y las pirámides de cabezas que hacían los asirios? Y el tapizado de murallas enteras con pieles arrancadas a los prisioneros, en vida?» (*AE*, 85).

Por un lado es cierto que el devenir, lo histórico, implica en la narrativa sabatiana degradación, deformación, pérdida, y que la búsqueda heroica es, en gran parte, la persecución del Origen tras la borradura del tiempo y la multiplicidad alucinada de los simulacros y de las copias, la restauración de un estado original de pureza. Pero es verdad también que ese «original» se halla perpetuamente diferido, a constante distancia de un modelo que no se ha encarnado nunca en plenitud. El tiempo mejor no ha consistido jamás en una realidad mejor, sino en el tiempo de vigencia de un sueño: el que aglutina a los héroes en la fe, y los convierte en héroes *por* la fe.

Por otra parte, vemos que la «barbarie» no sólo se asocia con la violencia. Tiene otras vueltas de tuerca, y valencias positivas que acompañan el resurgimiento de lo rechazado en el imaginario nacional. Después de la muerte, el espíritu de Lavalle pronuncia su mensaje, y sus palabras se focalizan sobre un referente concreto: el sargento Sosa: «tú, el callado Aparicio Sosa, el negro Sosa, el picado de viruelas Sosa, el que me salvó en Cancha Rayada, el que nada tiene fuera del amor a este pobre general derrotado, fuera de esta bárbara y desgraciada patria: querría que pensarán en ti.» (*SHT*, 450). Cuando se le entrega a Sosa el tachito que contiene el corazón de Lavalle, se produce la decisiva identificación entre Sosa, la patria, y la «tierra bárbara»: «Sí,

compañeros, al sargento Sosa, porque es como decir a esta tierra, a esta tierra bárbara, regada con la sangre de tantos argentinos. [...] Sí, sargento Sosa: sos esta tierra, esta quebrada milenaria, esta soledad americana, esta desesperación anónima que nos atormenta en medio de este caos, en esta lucha entre hermanos». (Ibídem)

En Sosa, la «barbarie» telúrica es reivindicada como un valor fundante de sustento y permanencia en la marea de los cambios. Amor, fidelidad y simplicidad definen al «negro Sosa», figura del mestizo gaucho. Esta imagen reverbera en el obrero peronista que salva a la Virgen junto con Martín, en Palito el guerrillero – ambos descriptos como «aindiados» –, y en particular en la figura maternal de Hortensia Paz.

Cuando Martín, a punto de suicidarse, desafía a Dios y lo conmina a manifestarse, recibe una respuesta. Esa respuesta es, ante todo, una voz de mujer que acuna y tranquiliza, y una imagen de Cristo popular y candorosamente *kitsch*: «Sobre el cajón que servía de cuna había un cromo: Cristo tenía el pecho abierto como en una lámina Testut y mostraba su corazón con un dedo, en colores» (SHT, 440). Otras dos imágenes veneradas, Gardel y Evita, completan el cuadro típico (o estereotípico). Hay aquí una epifanía de «lo simple», que, más allá de los refinamientos del gusto y de la reflexión filosófica, consiste en el asentimiento a las condiciones de la vida, en la aceptación agradecida de los dones elementales a pesar de la extrema pobreza. El amor del Cristo que muestra su corazón se encarna en la capacidad de amor de la mujer que lo ha recogido y amparado y que es, en este sentido, tan heroica como los legionarios de Lavalle. La hazaña no es ya el inflingir la muerte a los otros en nombre de ideales determinados, sino la entrega total a la protección de lo que se ama. De esa manera el «Dios desconocido» se manifiesta en la vida de los seres que no atraviesan las capas del infierno ni el torbellino de las edades para enfrentarse a lo Absoluto, sino que lo hallan sin proponérselo, en el gesto sencillo del cuidado y de la pura donación. En la existencia de los «simples», los «héroes anónimos» que apuestan a la continuidad de la vida (y que el texto relaciona sobre todo con las mujeres y la identidad mujer-tierra) se basa la llamada «metafísica de la esperanza». Al mismo linaje de los «simples» pertenecen también los inmigrantes de clase humilde, dispuestos a escu-

char y a proteger: Tito D'Arcángelo o Carlucho, eternos añorantes, respectivamente, del paraíso originario, de los buenos tiempos idos, o bien, de la utopía anarquista que no ha llegado a hacerse real sobre la tierra.

La «barbarie» histórica, ligada a lo criollo y al mestizaje, aparece significativamente en *AE* tras la imagen de Rosas y Soledad. Esta se halla emparentada con Nicolás Ortiz de Rozas,⁸ compañero de colegio de un Sabato adolescente y se relaciona también con los Carranza Paz (la familia tradicional que equivale en esta novela a los Olmos). Sabato la conoce en casa de Nicolás, en una sala presidida por un gran retrato al óleo de Rosas, que en la novela anterior ha despertado la adhesión de Alejandra y Fernando, en contra del resto de su familia unitaria. El encuentro con el retrato produce en él un efecto siniestro, que se acentúa hasta la parodia y la caricatura: «Cuando por primera vez lo vi, casi me desmayo: efectos de la mitología escolar promovida por los unitarios. El Tirano Sangriento me contemplaba (no, el verbo adecuado es «observaba») desde la eternidad con su mirada helada y gris, con su boca apretada, sin labios» (*AE*, 272).

Soledad, que se presenta inmediatamente, es una copia femenina de este retrato inquietante, al que la liga un vínculo de filiación, pero bastardo: «tenía los ojos grises, la misma expresión congeladora de su antepasado. Muchos años después, todavía recuerdo aquella aparición a mis espaldas y me pregunto si imitaba inconscientemente a Rosas o si se repetía en ella la misma configuración de atributos, como las barajas, con el tiempo, vuelven a reiterar las mismas combinaciones de reyes y sotas» (272).

Rosas, la «bête Notre» de la historia argentina oficial (la escrita por los vencedores unitarios que sucedieron a Lavalle y su gesta fracasada), el «bel ténébreux» de mirada clara, queda así asociado, a través de Soledad, su descendiente ilegítima, a los misterios de la oscuridad y a la iniciación del artista en un tipo de conocimiento subversivo y anómalo: el conocimiento por la

⁸ Ortiz de Rozas era el verdadero apellido de Juan Manuel de Rosas, quien, según es fama, decidió cambiárselo a raíz de una disputa con su madre que lo llevó a irse de su casa en la adolescencia y a buscar trabajo junto a sus parientes, los Anchorena, poderosos terratenientes. Nicolás pertenece, por lo tanto, a la familia del gobernador y dictador porteño.

ceguera, el conocimiento erótico, el conocimiento por el tacto, el conocimiento del origen (y de lo verdadero rechazado) que proporcionará a la vez espanto y placer, horror y sabiduría. Y a través de Rosas se traslucen las masas negadas, la piel oscura de los mestizos, de los negros y también de los indígenas con quienes el Restaurador mantuvo variables relaciones de guerra y de amistad, las uniones ilegales (podemos inferir: la violación de la esclava por el amo o de la india por el conquistador): todo lo que constituye la faz excluida u oscurecida de la Argentina y cuya valoración en la novelística sabatiana ha suscitado objeciones y discusiones.⁹

Siempre el Sur

Me referiré por fin a otro viaje hacia los orígenes (los de la historia personal), pero que lleva simultáneamente hacia el origen histórico de lo argentino, hacia lo pre-inmigratorio, hacia el corazón de la campaña, de la ruralidad. Lo realiza Bruno cuando va a Capitán Olmos en 1953, para asistir a la muerte de su padre. Se trata de un viaje en tren, y de un viaje al Sur como el de Juan Dahlmann, el personaje borgeano, a su casco de estancia: «A medida que se alejaba de Buenos Aires las estaciones parecían acercarse al arquetipo de la estación pampeana, como los sucesivos proyectos de un pintor que busca la obsesión que yace en el fondo de su ser: un almacén con paredes de ladrillo descubierto, al otro lado de una calle de tierra; unos paisanos de bombacha y chambergo negro, escarbándose pensativamente los dientes con una ramita seca; algún sulky, caballos atados en el palenque del almacén de ramos generales, galpones de zinc, una volante de capota negra, el auxiliar en mangas de camisa con la mano derecha en la cadena de la campana» (*AE*, 451).

⁹ Para D. Castillo Durante, Sábato seguiría obstinándose en negar al indio, al negro y al bastardo, obsesionado por la pasión de alcanzar el inalcanzable «epónimo» legitimador. La introducción del «heterónimo» inmigrante serviría para afianzar el mito de la Argentina construida desde afuera, desde Europa, tachando una vez más el elemento nativo. Para M. Soriano, este elemento nativo es relevado, pero para asociarlo negativamente al Mal y a la Materia despojada de «logos», de espíritu. Insisto, por mi parte en la resignificación del elemento nativo «oscuro» en la simbólica de Sábato, y en la valorización de la experiencia del Origen como experiencia absoluta y extrema, revelación necesaria de lo oculto. En la misma línea, ver la tesis de Alejandro Hermosilla Sánchez (2006).

Este friso de figuras rurales precede a la evocación de la historia personal y colectiva, hasta remontarse a los malones y las guerras civiles, y precede a una verdadera hipóstasis del Sur que es el gaucho Medina, ya mencionado *supra*: «[...] y finalmente, sentado como un ídolo [fue reconociendo] al viejo Medina, que era ya viejo cuando él era un chico y que al parecer seguía en idéntica posición en que lo había visto por última vez, pensativo e impávido, como todo indio, que después de cierta edad no sufre alteración, como si el tiempo no corriese dentro de ellos sino a su lado, y ellos lo miraran pasar, fumando el mismo cigarro de chala, hierático e indescifrable como un ídolo americano, como se mira correr un río que arrastra cosas meramente perecederas» (AE, 453).

Así como al arrojar la daga el gaucho de Borges determina el destino de Dahlmann (y por ende, su verdadero rostro, su clave identitaria), Medina hace algo similar con Bruno reconociéndolo, confirmando su pertenencia al linaje de esa tierra. Cruza del baqueano sarmientino con Funes el memorioso, Medina ejerce dones de vista (casi de videncia) y de memoria superiores a las del hombre común, elevadas a una percepción cósmica y potenciadas por un misterioso conocimiento de las almas, lo que lo vincula también estrechamente con el propio Facundo, tal como Sarmiento lo describe: «Hundidos entre los huesos apergaminaados de su máscara terrosa, Bruno sintió que sus ojitos lo examinaban con calma pero con minuciosidad. Acostumbrado a ver el universo con cuidado, casi sin otra tarea que observarlo y guardarse para sí su meticulosa configuración (con una especie de sutilmente irónica mudez), Medina pertenecía a esa misma raza de baqueanos que en la pampa distinguía la huella de un caballo entre mil y eran capaces de orientar un ejército por el casi imperceptible sabor de un yuyito» (AE, 452).

«Y entonces, a través de aquellos treinta y cinco años de ausencia, de lluvias y muertes, de sudestadas y aconteceres, un dictamen sobrio pero implacable subió desde las profundidades de la memoria de Medina y terminó haciendo mover los labios de manera apenas visible, mientras el resto de su cara permanecía inmóvil, sin dejar traslucir la menor emoción o sentimiento, si es que realmente existían en el corazón de aquel hombre:

— Vos sos Bruno Bassán.

Y luego volvió a su rigidez, impasible ante los simples acontecimientos del mundo [...]» (AE, 454).

Este Sur relativamente cercano, bonaerense (como el del cuento de Borges y los *Poemas Australes* de Marechal), cargado de historia humana, de violencias y de afectos, contrasta y a la vez se ensambla con otra imagen del Sur planteada en *SHT*. Se trata allí del lejano Sur patagónico donde el origen aparece bajo la forma paradójica del confín infinito, extremidad concebible del mundo conocido en la que surge la pureza de lo inédito: «[...] decididamente hacia el sur, en aquella ruta que terminaba en la punta del mundo, allá, donde Martín imaginaba todo blanco y helado, aquella punta que se inclinaba hacia la Antártida, barrida por los vientos patagónicos, inhóspita pero limpia y pura. *Seno de la Última Esperanza, Bahía Inútil, Puerto Hambre, Isla Desolación* [...], nombres que sugerían remotas y solitarias regiones del mundo, pero limpios, duros y purísimos...» (*SHT*, 446).

Este Sur es descrito como un amplio y frío desierto, poblado por una densa fauna y visitado por extranjeros merodeantes (un inglés, un dinamarqués, un alemán, el padre de Bucich) en busca de nuevos destinos y de fantasías de riqueza. Las escasas alusiones a la violencia no se relacionan con el pasado del siglo XIX — aquí sí se omite, llamativamente, el pasado indígena, y su beligerancia sangrienta con los blancos — sino con hechos más inmediatos, como la huelga de Santa Cruz, recordada por Bucich, en la que hubo — señala — «una gran matanza» (447). «Limpidez», «pureza» (que trascienden hacia lo ético), «frío», impregnan los seres y las cosas en un periplo que supone también la posibilidad de un servicio al otro, al compañero, y permite una rápida integración en el nuevo ámbito: «y el aire parecía más honrado para Martín. Ahora se sentía útil también» (447). El eje de lo «natural» traspasa todas las actividades: la carne se come apenas faenada, Bucich palmea a su camión como a un caballo querido, se elogia la salud de la «gente de antes» (el padre de Bucich) que no veía al médico. Al tiempo, la tecnología (mención del cuñado de Bucich, el alemán Mainsa, telegrafista) se halla sólo lejana y tácitamente presente, acompañando la exploración del cielo que es el reverso del campo infinito.

El otro, el mismo. La identidad ambivalente

Varias interrogantes quedan pendientes con respecto a la búsqueda del origen planteada en este registro socio-histórico. Para Michèle Soriano, las categorías históricas y sociales quedan subsumidas en el registro mítico religioso que las descontext-

tualiza y las despoja de concreta realidad, de relación con los hechos. Para Daniel Castillo Durante, se trata de que la identidad argentina es un *falso lugar*, una construcción artificiosa que instaura la *lógica de la copia* como única identidad posible para la periferia. Esta lógica implicaría una relación de negación y de exclusión de lo otro, lo diferente que no puede ingresar en el molde de ese «original» externo (el canon cultural europeo), y determinaría el predominio de la estereotipia en la articulación novelesca sabatiana. Estereotipia, en suma, destinada al fracaso metafísico —ya que la distancia entre original y copia permanecería irreductible— y a la insuficiencia gnoseológica, pues no llega a proveer a la ficción los instrumentos epistemocríticos para aprehender el verdadero «mal argentino» y la interacción entre lo político, lo estético y lo ético en el país.

Cabe apuntar, en este sentido, que el juego de la ambivalencia permite al texto de Sábato mostrar sesgadamente esa Argentina negada por la empresa civilizadora, la que no es Europa. En el juego del deseo y de la impotencia, de la afirmación de lo lejano y del rechazo de lo ausente que invariablemente retorna, está precisamente, la «verdad» de lo nacional, desgarrado en tensiones acaso insolubles. Por otra parte, tanto en la novelística como en los ensayos opera la conciencia —veces dolorosa e incómoda— de que *el otro* es también, *el mismo*. En el libro *Claves políticas*, recopilación de textos que incluye comunicaciones epistolares con el Che Guevara, figura una polémica mantenida con Jorge Luis Borges en torno al peronismo. Sábato objeta la visión maniquea que Borges tiene del fenómeno peronista, y su nula disposición a enfocar este hecho histórico, concreto y arrasador, bajo el lema de la «coincidencia secreta de los opuestos» que prodiga en cambio, en sus cuentos metafísicos: «Nada de simétricos y ornamentales monismos, ahora. Nada de afirmar que “todos, de alguna manera, somos Perón”. En cuanto a la justificación histórica del peronismo, a la discriminación de la parte de verdad que asistió al pueblo insurrecto —aunque fuera conducido por un siniestro demagogo—, al reconocimiento de su trágico desamparo durante tantos años en quebrachales y frigoríficos y yerbales sin que Borges se ocupara de ellos en *Sur*; en cuanto a los obreros y estudiantes que muchos años antes de Perón sufrieron cárcel, tortura y muerte por levantarse contra la injusticia social o por la enajenación de la patria a los consor-

cios extranjeros, en cuanto a todo eso, nada más que anatema e infamia». (CP, 60-61)

La imagen borrada del indio retorna, recurrente, a través del «cabecita» en la novelística de Sábato, para recordar la existencia de otro país, y la memoria de un origen violento (la conquista y el mestizaje) que anuló la palabra de los vencidos. No puede evaluarse su obra sin enmarcarla en ese gran giro de los años sesenta, que implica un vuelco de la mirada metropolitana hacia el interior (la periferia, esa paradójica externidad que la Capital le atribuyó siempre a la «tierra adentro», corazón geográfico e histórico del país). Giro que tuvo también sus peligros, como los procesos simplificadores operados por cierto populismo nacionalista sobre la imagen de las provincias, subsumiéndolas en «lo telúrico» o en el gesto estatuario abnegado y heroico, opuesto a la frivolidad porteña.¹⁰

Resulta interesante, por otro lado, el análisis que realiza Rodolfo Borello (1991, 194 y ss.), en cuanto a la posición de Sábato (y de la mayoría intelectual argentina de la época) frente al peronismo. Tanto Borello como Castillo Durante asignan gran importancia a la indagación y problematización de los nombres de familia, sobre la que las novelas vuelven una y otra vez: los gentilicios que señalan un linaje tradicional, y la inmensa masa humana fuera del origen de la historia patria que corresponde mayormente al torrente inmigratorio. Si el peronismo, afirma Borello, defendió consciente o inconscientemente los valores de la clase media en su mayoría de origen extranjero (clase en la que el proletariado habría tratado de instalarse a través de las facilidades abiertas por Perón), estos valores se hallarían en cambio permanentemente depreciados o cuestionados por la ideología del texto, que adheriría, a través de sus personajes protagónicos, a los parámetros de la clase alta. «Aunque parezca increíble, lo atacado son una suma de valores burgueses: aquellos en los que creyó (y cree, todavía hoy), la burguesía media argentina. Desprecio por el valor del dinero y sus formas más desarrolladas, el comercio y la industria. Ironía contra la creen-

¹⁰ La tesis de Victoria Cohen Imach (1994) expone un lúcido análisis del clima de los sesenta y se refiere especialmente al viaje de Sábato al norte argentino que lo pone en contacto directo con el ámbito de donde llegan las mismas mujeres de pueblo (las «indias») a las que ha visto llorar en la cocina mientras los señores festejan en la sala el derrocamiento de Perón.

cia burguesa en el poder transformativo de la educación, desconfianza ante el poder de la ciencia, la razón y la técnica, y rechazo de la igualdad reclamada por el feminismo».¹¹ (Borello, 1991: 205)

En realidad esta depreciación es ejercida prácticamente desde todos los personajes con alguna relevancia, satánicos o angélicos, aristócratas o proletarios, y tiene que ver con una postura filosófica ante el devenir de Occidente que excede la cuestión de los valores de clase. Puede señalarse en ella la influencia de una fuerte impronta romántica. La misma que, de modo inverso, conduce a la valorización de *lo popular* encarnada en los criollos, los cabecitas, los «aindiados»: el obrero peronista, la india Justina, Hortensia Paz, el guerrillero Palito, el negro Sosa, y en los hijos de inmigrantes de modestos recursos: Tito D'Arcángelo, Bucich, Carlucho. También éstos, lo mismo que Alejandra, o que el abuelo Amancio, o que Marcelo Carranza o Nacho Izaguirre, desdeñan el dinero (o priorizan sin duda otros valores), descreen moderada o violentamente del progreso, desconfían de las instituciones normativas. La educación para ellos no pasa por la escuela, sino por otros ámbitos: por ejemplo, la enseñanza de los revolucionarios, como el Che Guevara, o el anarquista que Carlucho ha conocido en la infancia, que se centra sobre todo en la ética profunda, más que en la transmisión informativa de contenidos.

Paralelamente a los héroes grandiosos, peregrinos del Absoluto que se internan en dimensiones abismales, están los héroes cotidianos, que por una suerte de *sancta simplicitas*, mediante la pureza de «lo simple» (lo «bárbaro» positivo) tienen un acceso directo a la «totalidad perdida» y al origen, a una experiencia de integridad y comunidad centrada en lo ético. El pueblo, asociado con la sabiduría y el amparo de la tierra, con la sencilla generosidad, es el que conduce al sueño heroico hacia su modesta pero concreta realización sin oropeles en un activo—y «útil»— despertar.

¹¹ La cuestión de lo femenino en la obra de Sábato requiere ser analizada desde distintos ángulos y facetas. Si bien en los ensayos y debates (como en uno famoso con Victoria Ocampo: Sábato, 1952), la posición del autor empírico frente a lo femenino confirma viejas dicotomías sexistas, el ambivalente juego de la ficción excede estos moldes estrechos y plantea otro tipo de problemas (cfr. Lojo 1997: 242-250).

Pero tampoco, cabe señalar, habría que confundir esta postura con un retorno ingenuo a una visión romántica del mundo. Sábato da la vuelta completa y tanto desde sus ensayos como desde su ciclo novelístico, al tiempo que recupera la modernidad estética que arranca en la insurrección romántica y realiza una compleja crítica de la modernidad (como Ilustración racionalista y logocéntrica que termina instalando el «reino de la cantidad»), se anticipa también a la sensibilidad post-moderna en su rescate de lo híbrido, en su captación fina de las tensiones crecientes y las asimetrías del mundo globalizado. Y se vincula, profundamente, a las estéticas del deseo y la trasgresión (Baudrillard, Lyotard) a través del recurso a lo primitivo como superación de las antinomias planteadas por la escisión racionalista (Lojo, 2005) que ha deshumanizado –sostiene– a la civilización occidental regida por parámetros racionalistas y economicistas.

Una renovación del arte por la «barbarie» de la periferia

Por último, cabe recordar que el arte mismo, y en particular el arte latinoamericano, ha sido considerado por Sábato como una experiencia de lo «bárbaro», lo «primitivo», estrechamente ligada a los poderes renovadores del Origen. Y esto no sólo en los ensayos sino en sus ficciones.

En una discusión metaliteraria dentro de *Abaddón, el Exterminador*, Sabato (personaje) caracteriza al poeta como un «bárbaro en una comunidad civilizada», y a poco retorna sobre la cuestión al referirse a la cultura iberoamericana: «Hace un tiempo, un crítico alemán me preguntó por qué los latinoamericanos teníamos grandes novelistas pero no grandes filósofos. Porque somos bárbaros, le respondí, porque nos salvamos, por suerte, de la gran escisión racionalista. Como se salvaron los rusos, los escandinavos, los españoles, los periféricos. Si quiere nuestra *Weltanschauung*, le dije, búsquela en nuestras novelas, no en nuestro pensamiento puro». (AE, 199)

Toda la teoría sabatiana del arte está comprometida aquí. El arte mismo es considerado una actividad «bárbara» en tanto supone un retorno al cuerpo, al mito y a la magia, a una idea de humanidad integral. Y Latinoamérica, pobre y atrasada tecnológicamente, aparece empero como uno de los lugares del planeta donde esa integridad se ha preservado. Se suceden, en AE,

virulentos ataques contra el mercantilismo, la sociedad de consumo, el mito del Progreso, que ha sacrificado culturas enteras, rotulándolas como «primitivas», en nombre de la *verdadera* barbarie, «la barbarie tecnolátrica, la arrogancia europea». (197): — Ahí abajo tenés el mundo que hemos logrado, el producto de la ciencia. Pronto tendremos que vivir en jaulas de vidrio. Dios mío, cómo es posible que esto pueda ser el ideal de nadie» (: 201).

Habría aquí otro de los nudos de la ambivalencia (lo latinoamericano/lo europeo) que ha motivado diversas apreciaciones por parte de la crítica. Según César Fernández Moreno, en los textos de Sábato se haría una utilización deliberada de «efectos exóticos latinoamericanos» para encantar o seducir a un público europeo. Exactamente lo mismo, por otra parte, que se propuso hacer —e hizo, con éxito secular— Sarmiento con su *Facundo*. También Daniel Castillo Durante insiste en que el horizonte de recepción de la novelística sabatiana se halla en Europa, no en la América Latina real que sus textos escamotean. Sus novelas se inscribirían en el registro canónico europeo (allí se sitúa su paradigma de valores filosóficos y literarios) donde lo latinoamericano aparece como «lo diferente» tenebroso, mágico, incantatorio.

Cabe preguntarse, por supuesto, si lo mismo no ocurre con toda —o la mayor parte— de la literatura de Iberoamérica, generalmente escrita por autores educados en la tradición europea, y que, como asumida periferia, innegablemente mira hacia Europa (y en forma más reciente a U.S.A.). Y también, si no es acaso esa tensión permanente (que asume entre otras formas el debate entre civilización/barbarie, entre lo pre-moderno y lo post-moderno) justamente uno de los pocos rasgos constantes que acaso definen —al decir de Néstor García Canclini— nuestras «culturas híbridas» latinoamericanas.¹²

Por lo demás, como lo he expuesto en un artículo reciente, si bien Sábato recoge las imágenes de bárbaro exotismo elaboradas desde la mirada etnocéntrica europea (un pre-texto ejem-

¹² Señala Fernando Ainsa (Sábato 2008, 854-875) que el gran acierto de Sábato es plantear los dualismos, antinomias y dicotomías de la condición humana, y de Latinoamérica en particular, sin pretender síntesis ni fáciles resoluciones, mostrando, justamente, que en esa tensión permanente, en el juego entre los opuestos, radica la compleja identidad de nuestra región.

plar con el que cabe conectarlo son las *Meditaciones Suramericanas* de Hermann von Keyserling), al hacerlo las resignifica «desde un lugar que ya no es el de la Otredad» (Lojo, 2011). Ya no hay distancia sino fusión, fuere en las experiencias extremas de los buscadores agónicos (Castel, Fernando, Sabato) devorados por los mismos monstruos que ellos llevan en sí, o en el encuentro solidario con los hombres y las mujeres de la tierra, los postergados de todas las Historias. Un encuentro finalmente liberador aunque para ello, como Marcelo Carranza, como el Che, se pague el precio de la muerte propia.

Bibliografía

Citada

De Ernesto Sábato

Sobre héroes y tumbas (SHT). Edición crítica. María Rosa Lojo coordinadora. Poitiers/ Córdoba; CRLA/Archivos de la UNESCO-Alción, 2008.

Abaddón, el exterminador (AE), Seix Barral, Barcelona, 1980.

Claves políticas (CP), Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1971.

«Sobre la metafísica del sexo», *Sur* 209-210 (1952): 25-56.

«Correspondencia: Sobre la metafísica del sexo», *Sur* 213-214 (1952): 158-161.

Crítica

BORELLO, RODOLFO: *El peronismo (1943-1955) en la narrativa argentina*, Ottawa, Ottawa Hispanic Studies, Dovehouse Editions, 1991.

CASTILLO DURANTE, DANIEL: *Ernesto Sábato: la littérature et les abattoirs de la modernité*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1994.

COHEN IMACH, VICTORIA: *De utopías y desencantos. Campo intelectual y periferia en la Argentina de los sesenta*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1994.

FERNÁNDEZ MORENO, CÉSAR: «El caso Sábato», *Nueva Novela Hispanoamericana*, 2 (compilación de Jorge Lafforgue), Paidós, Buenos Aires, 1974.

- HERMOSILLA SÁNCHEZ, ALEJANDRO: *Los hijos sin nombre: el silencio del olvido. Sábato y el claroscuro gnóstico argentino*, Murcia, Universidad de Murcia, 2006. http://www.tdr.cesca.es/TDX/TDR_UM/TESIS/AVAILABLE/TDR-0608106-140844/AlejandroHermosilla.pdf
- LOJO, MARÍA ROSA: *Sábato: en busca del original perdido*, Corregidor, Buenos Aires, 1997.
- _____: «Modernidad, postmodernidad y transgresión en la estética sabatiana: Diseminación poética, derrota de la utopía, cuerpos que retornan», en *Studies in Twentieth and Twenty-First Century Literature*. N° 1, Vol. 29 (Winter, 2005), pp. 95-117.
- _____: «El retorno de las identidades étnicas borradas en la nueva narrativa histórica argentina», en *Hispanismo. Discursos culturales, identidad y memoria*, pp. 66-77, Nilda Flawiá de Fernández y Silvia Israilev eds. Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2006.
- _____: «La ficción histórica como memoria crítica y resistencia», en *Tercer Encuentro Provincial de Escritores Entrerrianos*, pp. 11-26, Concepción del Uruguay, Universidad Nacional de Entre Ríos, 2007.
- _____: «Las narrativas de la Historia en el contexto de la globalización. El caso argentino». En Vicente Cervera Salinas y María Dolores Adsuar (eds.). *Alma América. In honorem Victorino Polo*, Tomo I, Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008: 371-385.
- _____: «La novela histórica desde 1980: próceres con cuerpo, heroínas en el espacio público», *Identidad y narración en carne viva. Cuerpo, género y espacio en la novela argentina (1980-2010)*, María Rosa Lojo y Michèle Soriano dirs., María Rosa Lojo y María Laura Pérez Gras eds. Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador. Convenio entre Universidad del Salvador y Universidad de Toulouse II - Le Mirail, 2010: 161-208.
- _____: «Ernesto Sábato y Hermann von Keyserling: ¿afinidades electivas? Sudamérica: el continente ciego». En prensa en la revista *Inti* (Providence), 2011.
- MATAMORO, BLAS: *Homenaje a Ernesto Sábato. Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, Vol. CXXXI, No. 391-393, enero-marzo, 1983.

ROJAS MIX, MIGUEL: *El Imaginario. Civilización y cultura del siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo Libros/ Universidad de Guadalajara/, CEXECI, 2006.

SORIANO, MICHÈLE: *Ernesto Sábato: gnosis y apocalipsis. Estudio sociocrítico de Abaddón, el exterminador*, Pliegos, Madrid, 1994.